

Cuenta números UNA pta.

Redacción y Administración: AIRE, 52

No se devuelven los originales

El conflicto europeo

CON DIOS Y SIN DIOS

La prensa radical, en su decidido empeño de censurar a cuantos no piensan como ella, pretende tacharnos de inconsecuencia porque, cristianos viejos, fieles, apostólicos, romanos, impedidos por sincera simpatía y empujados por cierta comunidad de ideas, nos inclinamos del lado de Alemania, nación constante en su mayor parte, y por creemos que su lema, «Dios está con nosotros», ha tenido fuerza bastante para elevarla en todos los órdenes, tanto su prosperidad y su engrandecimiento, haciéndola laborar con fe y entusiasmo en causa tan santa y tan justa como la causa de la Patria.

Alrededor tenemos, de puro sabido, Martín Lutero, el impío apóstata, nacido en Eisleben (Prusia), y por tanto alemán, fué el que, apartándose de Roma, inició la Reforma en Alemania; también sabemos que Calvino, teólogo francés, fué el propagador de ella en Francia y en Suiza, siendo hugonotes que fueron objeto de las persecuciones de Carlos IX y de Catalina de Médici y las víctimas de la noche sangrienta de Saint-Barthelemy.

Aun sabiendo todo esto y separándose de Alemania un hondo abismo en materia de creencias, le ofrecemos nuestra simpatía y deseamos su triunfo porque cree en el mismo Dios Único que nosotros creemos, sujeta a los preceptos de la moral cristiana, emanada del Evangelio; en tanto que con su inquebrantable pone su esperanza en el Hacedor Supremo, invocando su nombre en el santuario del hogar y en las fábricas y en talleres, como en las filas del ejército, desde la más humilde choza a los palacios principescos.

En cuanto de nuestros sentimientos en respecto de Francia, nosotros, considerándola como hermana en la raza, damos a la Francia de Pedro el Ermitaño, que inicia las Cruzadas enviándola hacia los Santos Lugares, para arrancar del poder de los creyentes del Corán y de la Media Luna el sepulcro de Jesucristo; admiramos a la Francia de Luis XII y Carlos VIII, que en el siglo XVI lleva sus soldados a través de los Alpes para guerrear en Italia y descubrirlos, según dice Michelet, en que aquellos semibárbaros, vencidos en Melegnano, para fortalecerse en la desgracia, grabaron con su espada sobre el baptisterio de Ravena las palabras: *En espoir Dieu*, dando público testimonio de su fe y de su esperanza en Dios, para no perder nunca la fe; y amamos a la Francia de nobles tradiciones, cuyos reyes, hijos sumisos y respetuosos del Pontificado, alcanzan de éste el dictado de Cristianísimos.

Amamos a esta Francia de mejores tiempos, sintiendo correr por nuestras venas su misma sangre latina, estamos hoy distanciados de ella, sin que podamos transigir con la Francia de la Revolución, que, renegando de Dios, su primer culto, para declarar el de la diosa Razón, que simbólicamente pasea en triunfo por las calles de París; ni con la Francia que ve imposible y coadyuva al inicuo despojo del poder temporal del Romano Pontífice; ni con la que con odio seccional y sectario rompe sus relaciones con la Santa Sede, declara a la Iglesia y al Clero guerra sin cuartel, expulsa a las Comunidades religiosas, persiguiéndolas con saña y despojándolas de sus templos y de sus bienes; ni con la Francia de Cailhau, que después de ver cruzada de brazos que perdíamos todas nuestras preciadas colonias, fiada en su superioridad nos amenaza porque, dentro de nuestra dignidad y nuestro derecho, no nos avenimos a sus injustas y exageradas exigencias.

Por todas estas razones, a cual más poderosas, dejando a un lado otras políticas-geográficas, simpatizamos con Alemania, alejándonos de Francia; prefiriendo a la nación con Dios que a la que lo niega y borra su nombre hasta de las escuelas, aventando las sanas y fructíferas semillas del Evangelio cristiano y del amor patrio.

Entre un pueblo con Dios y otro sin Él, la elección no es dudosa.

Por eso, siempre consecuentes con nuestros ideales, y pensando en el *Gott mit uns* del pueblo germano, y en el *En espoir Dieu* de los franceses de Ravena, nos inclinamos hacia Alemania, considerando segura su victoria, porque Dios siempre estuvo con los leales y los honrados, que convierten sus corazones en templos para en ello rendir fervoroso culto a Dios, a la Patria y al Rey.

Espectáculo conmovedor

en Düsseldorf

«Ahora id a la iglesia, arrodillaos delante del Señor y pedidle auxilio para nuestro bravo ejército».

Esta frase magnífica, pronunciada por el Kaiser en la arenga, dirigida al pueblo el día de la movilización del ejército alemán, ha movilizó otro inmenso ejército de gentes que oran. Mientras allá lejos truenan los gigantescos cañones alemanes ante las fortalezas enemigas, ahí dentro de las capillas de nuestras iglesias, al momento al presentarse su campana, se ordena al ejército de fieles, que no se ha visto dar por ningún caudillo de los ejércitos enemigos. Mientras al otro lado de las fronteras, nuestros héroes

vuelan de victoria en victoria, dentro del suelo patrio se arrodillan nuestros bravos delante de los altares importunando al cielo con sus oraciones por la victoria de Alemania.

Y cuando del campo enemigo vuelven a la Patria vencedores, nuestros guerreros cristianos que pelean orando y peleando oran; cuando vuelven con heridas sangrientas a buscar descanso y curación en los brazos amorosos de la Patria agradecida, los vemos entonces en las horas sossegadas del lazareto, incorporados ya al otro ejército de los que oran y dan gracias con incansable actividad.

Conmovedor era el espectáculo que nuestros valientes soldados heridos nos ofrecieron ayer en la «Oración perpétua» en la capilla del lazareto. Allí se arrodillaban ante Rey de la paz Eucarístico presente en el trono de gracias del Sacramento; allí se arrodillaban fieles también en esta hora a su Emperador y obedientes a su palabra cristiana. Allí los fuertes guerreros escuchaban en tranquilo recogimiento al orador sagrado que les hablaba de lo más alto y de lo más santo de nuestra Santa Religión, y les presentaba la Santísima Eucaristía como el más alto signo de honor, como la prenda más santa de victoria; allí estaban arrodillados, inclinada la cabeza, el brazo en cabestrillo, penosamente apoyados en los codos, ante el tabernáculo del Rey de reyes, que de lo íntimo de su corazón cristiano, nuestros hermanos heridos rogaban por los santos bienos, por los que habían luchado y sufrido—espectáculo admirable—para los ángeles y los hombres!

Y cuando a mediodía tocaba la campana a la «Oración» por nuestros guerreros caídos, allí demostraban su compañerismo, el que ya habían practicado en tiempo de paz en la guarición, y en la guerra, en los campos de batalla, de un modo celestialmente sublime que la Iglesia enseña en el dogma de la comunión de los Santos.

Y cuando la tranquila medianoche echaba sus velos sobre la gran ciudad dormida, allí seguían de rodillas los heridos fieles entre los fieles en su puesto de honor, voluntariamente aceptado ante el Trono Eucarístico, orando por los hermanos que tal vez a aquella hora caían moribundos en las trincheras o que por la mañana temprano iban a combatir y a vencer. ¿Cómo no ha de ser invencible y vencedor un ejército de soldados que así pelean y oran, que los aliados con las potestades celestiales luchan por los bienos más sagrados?

Sollt ich sind Sp. und Mark.
(Denn ich bin ein christlich bis Mark!)

(Son soldados de fe y fuerza—alemanes y cristianos hasta la médula!)
(Del «Katholische Volksblatt».)

LA VICTORIA

El truenar del cañón... Humo asfixiante...
Tóques, ayes, fragor... Otro estampido...
Cayeron muchos más... ¿Cuántos han sido...?
Miles... No hay que contarlos... Adelante!
¿Cuánta sangre doquier...! Y aún no es bastante...
La metralla las filas ha barrido...
¿Nuevo ataque...? ¡Por fin...! ¡Hemos vencido!
La hueste en la ciudad entró triunfante!
Después... ¡nada...! La noche... la trinchera que sostiene el jirón de una bandera...
Hogares sin calor... madres que gimes...
una generación muerta con gloria...
Esto es lo que se llama una victoria.
¿No sería mejor llamarlo un crimen?

JUAN ANTONIO CAVESTANY

NOCHE-BUENA

Nunca hubo noche tan venturosa, desde que el mundo formado fué; como esa noche clara y hermosa en que de Virgen Cristo nació.

Llega el 24 de Diciembre; llega el invierno, que es la época en que caen las hojas de los árboles, en que la naturaleza se desnuda y el hombre se abriga porque hace frío; estación en la que parece que el Niño Dios quiere todos los años recurrir a los hombres, que cuando la nieve viste de blanco las montañas, cuando el granizo azota los cristales, cuando el agua cubre los campos, cuando la tempestad ensorbece a los mares, cuando la naturaleza parece muerta y el hombre próximo a desaparecer al rigor de los males y las tormentas. El, que es fuego de amor, viene a derretir las nieves de nuestra indiferencia y los granizos de nuestras pasiones, a devolver el verdor a nuestros campos, a apaciguar las tempestades de nuestra alma, a darle vida a todo lo creado y a resucitar al hombre muerto por el pecado, haciendo que sus ángeles repitan, como en las inmediaciones de Belén: *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres.*

Todas las frases de entusiasmo y de bendiciones que nuestra pluma pudiera consignar, resultan pobres y inequívocas ante la grandeza de este hecho glorioso que el mundo cristiano conmemora.

Los cánticos de Moisés al ver a Farao sepultado con todos sus ejércitos en el Mar Rojo; el cántico de Judá al ver la cabeza de Goliath en la punta de la lanza de David; el cántico de la naturaleza entera cuando cada día el sol naciente la despierta del sueño de la noche, son pálidos reflejos al lado de los que hace mil novecientos catorce años resonaron en la choza de Belén aquella memorable noche. Los ángeles de Dios, que desde que fueron criados le alaban al son de sus arpas de oro, arrebataron en esa noche de dulces recuerdos, de las cuerdas de sus instrumentos, notas de una dulzura